

Doctor Pablo Voivenel

El crepúsculo del espíritu

PSICOLOGÍA DE LA EDAD CRÍTICA

Traducido de una edición reciente del «Mercur de France», ofrecemos este interesante ensayo de Pablo Voivenel. En él, como en tantas páginas que nos llegan de Francia, podemos advertir que la labor de especialización científica no logra privar la manera expositiva de esa agradable claridad y ligereza a la cual va unida cierta ironía a veces un poco dolorosa.



PARA un médico, hablar de nuestra inteligencia y de nuestro carácter no significa mantenerse siempre en las alturas del espíritu y del sentimiento. Después de describir la flor, no teme él ensuciarse los dedos al estudiar las raíces. No admite que se pueda conocer la psicología de un hombre sin haberse enterado antes minuciosamente de su *constitución*, es decir, de su estado anatómico, y de su *temperamento*, es decir, de su funcionamiento fisiológico. El hombre es obeso y de respiración difícil como Hamlet, delgado y cetrino como Casio, congestionado como Otelo...: es la *constitución*; es rápido o lento en sus reacciones nutritivas, predispuesto a los espasmos o a las jaquecas...: es el *temperamento*. He aquí las raíces, he aquí el tronco, las flores y los frutos (digan lo que quieran los escritores y los que creen que las obras maestras están en el cielo humano como estrellas, sin contacto alguno con el suelo)... las flores y los frutos les deben su forma, su color y su pulpa...

...De tal manera estudiaré la parte de la curva humana objeto de este trabajo. Forma esta curva lo que llamo yo una *quebradura*.

La curva de nuestra vida, desde la infancia hasta la vejez, no es, en realidad, regular. Nuestro organismo físico y nuestro organismo moral no se desenvuelven sin golpes bruscos. Ciertos órganos sufren avances rápidos o involuciones repentinas que en poco tiempo modifican considerablemente nuestra personalidad: es la *quebradura de la pubertad*, es la *quebradura de la madurez*, de la *edad crepuscular*, acerca de la cual quiero extenderme. En este momento, es la modificación orgánica la que precede y ordena el cambio de la personalidad.

Entre los veinte y los treinta años, por el contrario, las decepciones, las desilusiones muy bruscas o repelidas alternan a veces hasta sus más profundas raíces todo nuestro psiquismo, nos llevan al desencanto y a menudo al suicidio: es lo que yo llamo la *segunda quebradura*.

La infancia, con su imaginación creadora y amplificadora, que multiplica los dioses en la naturaleza y personifica las cosas, se mueve en el bendito mundo de la ilusión; la juventud, con sus impulsos de generosidad y su fe deliciosa, penetra en la acción por los floridos senderos que hemos limpiado de todo obstáculo; la edad adulta muerde el fruto amargo del árbol de la ciencia y esculpe la poderosa y frágil contextura del hombre; la vejez, en que el cuerpo y el espíritu se secan, camina lentamente la última bajada.

Todos estos periodos de nuestra vida tienen, no sólo su psicología propia, sino también su anatomo-fisiología y su patología. Cualquiera sabe entre nosotros que cada edad tiene sus enfermedades y sus reacciones particulares. La formación y la constitución del sistema nervioso en el niño, el desenvolvimiento más rápido de las vías sensitivas con relación a las vías motoras, la precocidad de la aparición de zonas sensoriales en el cerebro ligadas al funcionamiento de la vista, del oído, etc..., la fragmentación funcional relativa a estas diversas zonas, todavía a insuficientemente asociadas, explican el predominio de las impresiones sensoriales, de la impulsividad, de la inestabilidad muscular, la tendencia fabuladora, la falta de síntesis psíquica.

Asimismo, la involución de la corteza cerebral en los ancianos y dementes puede explicar por qué se observa frecuentemente en ellos una sensibilidad conservada en forma admirable. Esta sensibilidad se halla en las *Reflexiones de un paseante solitario* de un Juan Jacobo Rousseau delirante y agotado, en las últimas poesías de Nietzsche, ya próximo a morir de parálisis general, en las postreras melodías de Schumann, que va a ser destrozado por los golpes del mismo mal.

La influencia anatómica y fisiológica se hace evidente, sobre todo, en la *quebradura de la pubertad* y en la *quebradura de la edad crítica*. Los más pequeños órganos,—no hablo aún de los de Voronoff—, tienen grande influencia sobre nuestra energía, nuestra imaginación y nuestra sensibilidad, a despecho de los más célebres filósofos oficiales, de aquéllos que saben emplear con la mayor elegancia esa jerga científica que nadie entiende. Que una pequeña glándula, de treinta o cuarenta centigramos de peso, ubicada en un repliegue óseo de la base del cráneo, la hipófisis, esté alterada, y he aquí el origen del gigantismo de esos gigantes tan grandes... y tan débiles que se exhiben en los circos. Que el *cuerpo tiroides*, esa glándula ubicada en la parte anterior del cuello, que suele originar las paperas, sea lesionado en una hermosa mujer, y adiós espíritu, coquetería, belleza y naturales homenajes masculinos; los legummentos se espesan, la cara se alarga, la inteligencia se entorpece. Que otros órganos,—harto importantes—, hayan desaparecido, por desgracia, en el hombre, y las formas se redondearán y el carácter se afeminará y la voz tomará ese registro agudo—lo único agudo, por otra parte—, que se comprueba en los eunucos.

En una época no muy lejana aún, algunos cirujanos lemerarios,—por no decir algo más fuerte—, no temían ovariectomizar mujeres jóvenes; pudo advertirse después de la supresión de las glándulas femeninas traía consigo desastrosas alteraciones del equilibrio físico y psíquico de las pacientes.

* * *

La pubertad que es como el polo positivo de la edad crítica, polo negativo que cierra el circuito; es provocada por la brusca expansión de los órganos que... precisamente, se marchitarán con mayor o menor rapidez en el crepúsculo de nuestra vida. Tan rápida es esta modificación en el curso de una y otra quebradura, que los más débiles no llegan a soportarla sin males a veces harlo graves. La patología de uno y otro período es, en efecto, bastante extensa.

La graciosa pubertad, la primavera de la vida que los poetas han cantado, es el período en que, por excelencia, se revela la aptitud para la degeneración, con sus tendencias atormentadoras, sus impulsos, sus alternativas de excitación y depresión, sus periódicas crisis de delirio. La anatomía y la fisiología han puesto en evidencia las íntimas y numerosas relaciones de algunas glándulas especiales con todo el sistema nervioso raquídeo, simpático y cerebral (1); hay alrededor de ellas una nube de ganglios de conexiones variadas que explican su acción sobre la voluntad, sobre la inteligencia, sobre la imaginación, sin tomar en cuenta todas sus correlaciones con los demás órganos, la laringe particularmente, y su influencia sobre la química del organismo. Todo esto es también verdadero respecto de la edad crítica. Con el crecimiento, va haciéndose la diferenciación sexual. Los dos sexos, confundidos en el origen extremo de nuestra existencia individual, mal definidos durante la infancia,—nada hay más parecido que una niña y un niño—, modelan sus formas. Cambia la voz antes de afirmarse. La voz es, en efecto, una característica sexual secundaria de gran importancia en materias de amor. Teófilo Gautier se sentía extraordinariamente turbado por una voz de soprano, ¡y cuántas mujeres no se estremecen al oír la voz potente de los tenores! El olfato se afina... y he aquí una nueva característica sexual secundaria; los olores desempeñan un papel inconsciente en nuestra vida sentimental. ¿No se dice de alguien que «no puede ni sentirsele», no caracterizamos algunos perfumes como «olores turbadores», «olores penetrantes», no conocemos las relaciones de la sensualidad y del misticismo con nuestro sentido olfatorio, no sabemos de numerosas predilecciones históricas semejantes a la de Enrique IV, que sintió despertarse en él una violenta pasión por la hermosa Gabriela, porque durante un baile se había secado la frente con un pañuelo de la dama? Habría podido escribir todo un folletín del *Progreso Médico* sobre el olor de don Juan.

(1) Vinay: la Menopausia.

Sea como fuere, la verdad es que las modificaciones sexuales psíquicas siguen a las modificaciones orgánicas y corporales (1); la muchacha tórnase más reservada y púdica, tímida y coqueta a la vez, terca y tiernamente religiosa; entretanto, en el muchacho aparecen la necesidad de sacudir el yugo, los deseos de aventuras, los ensueños violentos, una verdadera actividad revolucionaria. Uno y otro experimentan deseos bruscos de soledad, que acentúan la inquietud que en los más sanos provoca el desenvolvimiento de una función fundamental. «Había en el fondo de su melancolía, dice Marcel Prévost de la Señorita Jaufre, mucho, del rencor de las vírgenes bíblicas llorando su mal». No insisto: los escritores se han complacido en describir esos exquisitos modelos de adolescentes: es *Querubín*, es *Fantasio*, es *René*, es *Querida* de los Goncourt, es *Rosa de los Bosques* en *Corazón Virginal* de Remy de Gourmont.

• • •

Estos dioses jóvenes avanzan en la vida con la radiante vestidura de sus ilusiones, creyentes de la abnegación, del altruismo, de la lealtad, ignorantes de que el recelo es, ¡ay!, la forma social de la sabiduría, juzgando por las apariencias las palabras y las acciones... y hé aquí que en el primer contacto con los hombres, lejos del círculo protector de la familia, la joven recién casada, el joven recién salido de las escuelas, sienten romperse todas sus creencias a los primeros golpes, ven realizarse una descristalización brusca que puede ser mortal y que lleva consigo tantos suicidios en el curso de esta cruel *segunda quebradura*. Es, en la vida, el suicida Carlos Demange, el suicida León Deubel, la suicida Juana Nèrel; es Mussel traicionado por Pagello; es Gleyre, pintando las *ilusiones perdidas* y rompiendo sus pinceles; es, en la literatura, Belerofonte que cae sobre la tierra; es el mito de Isis; es Icaro; es la señora Posdniacheff de la *sonata de Kreutzer*; es Ginette de la *Divina Canción*, que «está enferma de decepción, como otras mujeres están enfermas de languidez»; es Humberto Liauran de *Cruel Enigma*; es Juan de Fresnois del *Pasado Viviente*, y son tantos otros en tantos escritores. «Es nuestra común historia; de ordinario, esta caída viene mitigada por una serie de pequeñas y sucesivas decepciones, y el sueño de que volvemos no es, así, demasiado elevado». Conservamos por tiempo más o menos largo la desconfianza y el desencanto.

Después, la vida nos arrastra como guijarros, ablanda nuestras asperezas, nos obliga a repelidas renunciaciones, o bien nos hace pagar bien caras nuestras pretenciones de independencia. Es un Tratado de Versalles incesantemente ratificado y siempre discutido, entre la Ilusión y la Realidad, y cada uno camina con su dosis más o menos cargada de Bovarysimo.

• • •

Y hé aquí que, antes de entrar a la última vertiente, en la hora en que se domina el camino recorrido, cuando, en lo alto de la vida, un soplo ardiente infla

(1) A. Marro: la Puberté, 1901.

los pulmones todavía vigorosos y hace latir un corazón que parece armado del bronce del poeta; hé aquí que a la hora en que la carne está hastiada y en que se han leído todos los libros, cuando uno siente su personalidad henchida del jugo de la experiencia, su cuerpo robusto y su espíritu agudo... hé aquí que al fin de nuestro estío, o, cuando sobre nuestro paisaje caen ya los largos y suntuosos crepúsculos, el viento se levanta, hace entrechocar las ramas, arranca las hojas... nuestra carne de dioses caídos grita de nuevo su dolor y su inquietud. Es el *de-monio del medio día* que pasa en el otoño que comienza.

¡Pobre rey de la Naturaleza!... Basta el objeto más pequeño para desencadenar las más violentas tempestades pasionales, para provocar las más tenaces melancolías...; basta la involución relativamente rápida de los órganos cuya eflorescencia había esculpido con tanta belleza la estatua de nuestra adolescencia... y esto, en uno y otro sexo, a pesar de que el hombre, galante siempre para con la mujer, haya querido reservarle... generosamente... los beneficios de la edad crítica.

Estos órganos regulan la presión sanguínea, excitan la nutrición, manteniendo elevado el coeficiente de oxidación orgánica, calman los nervios del corazón y obran, en fin, sobre el funcionamiento de todas las otras glándulas cuyos jugos cumplen una importante misión. Entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y ocho años, sus células nobles activas, poco a poco vense invadidas por un tejido inferior, de *esclerosis*, que las estrangula... como si en un jardín, la yerba de las avenidas invadiera y ahogara las plantas cultivadas. Esta sofocación no se realiza sin ciertas reacciones de las células nobles, que, durante los primeros combates, no aceptando aún su derrota, se excitan y se multiplican; y así es como, junto a los fenómenos de depresión, encontramos fenómenos de excitación, junto a las astenias y neurastenias, crisis de cólera y de agitación, junto a las impotencias, accesos de erolismo más o menos violentos.

Cada uno hace crisis a su modo; es ésta precoz o tardía, corta o prolongada; pero todos padecen el golpe, los hombres más seguros de su calma y de su voluntad como las mujeres más nerviosas. Señalo rápidamente: los *desórdenes congestivos*: las ráfagas de calor, los sudores pasajeros, los zumbidos de oídos, las hinchazones articulares; los *desórdenes nerviosos*: la emolividad, la quisquillosidad, las ideas sombrías, las opresiones, las palpitaciones, las repentinas cóleras provocadas por nada y que a cada instante colocan al marido contra la mujer por una futesa; los *desórdenes nutritivos*: la disminución en la oxidación de los tejidos acarrea la sedimentación de grasas bajo la piel,—la grasa de los capones—, la desaparición lenta de la actividad sexual va borrando, finalmente, las diferencias morfológicas: las formas del señor vanse redondeando y la señora ve aparecer algún bello sobre los labios y el mentón.

...Desde el punto de vista psíquico, hay, esencialmente, un fondo de melancolía, donde pueden venir a injertarse los más diversos episodios psíquicos. Es la tristeza de los alejamientos en los andenes de las estaciones. Vamos viendo con mayor o menor nitidez el paisaje seco y talado ante nuestra vista, sin aquellos colores que nos entusiasmaban... Hemos perdido la confianza y la esperanza.

El espejo acusa hartamente cómo va progresando nuestra decadencia, la escala — aquella escala de *Safo* en el libro inmortal de Daudet, — va indicando milímetro a milímetro, despiadadamente, el acortarse de nuestro aliento. Resplandece el pasado a la luz de la memoria con el esplendor de las pasiones que lamentamos y las sombras de las prolongadas ternuras. Cerrando los ojos, aun las tempestades, las lluvias, los vientos que azotaban nuestros fuertes rostros, se recuerdan con pena. Los más sabios, después de una última mirada, resisten el asalto de las tentaciones, aceptan la larga paz del Crepúsculo y saborean la serenidad de las Renunciaciones. Los más locos, aquéllos de quienes los janseñistas decían estar abandonados de la gracia, y que no son sino las víctimas de su temperamento, vuelven el rostro al camino en que deberían entrar, y pretenden volver sobre los pasos de desvanecidas sensaciones, de las cuales no encuentran, ¡ay!, sino una caricatura. No hablo, por cierto, de aquéllos que no teniendo sino órganos digestivos, se entregan a la buena comida y viven entre un buen cocinero y una muchacha joven; ni de aquéllos que se dan a la esclerosis en una seca avaricia.

En unos y en otros observamos los fenómenos de depresión y de excitación, cuyas causas orgánico-psicológicas hemos dejado entrever.

Pablo Margueritte, en su hermoso libro *La Llama*, ha descrito admirablemente y tomándose por modelo, — me lo ha confesado en una de sus cartas, — la *melancolía* y la *abulia* de los cincuenta años, la ineptitud temporal de la imaginación, la imposibilidad de recurrir al dichoso trabajo que nos defiende de la angustia y que da un sentido a la vida.

• Yo querría, y no puedo. No obstante, hace algunos meses, mi cabeza era
• un emjambre en que zumbaban las ideas; notas, proyectos, mi gran novela
• sobre las muchedumbres obreras, cuyo plan me había trazado, y que espera,
• blanco legajo, bajo la cubierta de seda color naranja, que Gilberta ha ador-
• nado con bordaduras chinescas.

• ¿Trabajar? ¡oh, sí! ¿Puedo hacerlo, si veo cómo se acrecienta en mí esta
• sensación de lasitud indecible y sombría? ¿Para qué? Sí, ¿para qué? En esos
• momentos me siento angustiado, separado de ese magnético contacto con las
• cosas y los seres, una obsesión afebrada me impone el periódico retorno de
• las mismas imágenes, de las mismas palabras, de las mismas ideas. Me siento
• desesperadamente solo, tan solo y tan perdido, en el centro del movimiento
• universal, que no logro advertir sino la pulsación de mis arterias y la per-
• cepción aguda de mi yo... ¡Cómo me irrita lo pequeño, lo pobre, lo incom-
• pleto de todo lo que me rodea: la brasa del cigarro sobre el tapete de la
• mesa, esta mancha del papel, estos ruidos enervantes, el chirrido de la cerra-
• dura, el roce del cajón y la inmovilidad de mi Perseo de yeso sobre la biblio-
• teca! ¡Salir de este cuarto, en que los objetos demasiado conocidos me fasti-
• dian con su presencia tenaz! Quiero alejarme de ellos y huirlos. ¿Tendré el
• valor de moverme? Los brazos de mi sillón están unidos a los míos. ¿Y afue-
• ra? Me siento extraño a la multitud. Me exaspera la fealdad de ciertos ros-

«tros, el ir y venir de los trajines, tanta triste carne que tiene el color del barro; pienso en la tiranía de nuestras necesidades más viles, en la ronda de las enfermedades que nos acechan aun antes de la muerte.

«Vuelvo a entrar; saco de un estante algún volumen de Michelet o de Hugo. La vanidad de las frases más bellas me confunde; a estas palabras que comúnmente tienen tanto jugo y savia, pulpas luminosas, les hallo ahora un sabor a ceniza.

«Desde el fondo de esta agonía, impotentes deseos me agitan, y caigo de nuevo en este fango del spleen, para hundirme en él hasta asfixiarme. ¡Ah, dormir o morir por algunas semanas, algunos meses, un año!»

Si he hecho esta larga cita, es porque en ella está el diseño fiel de lo que los neurólogos llaman la astenia de la edad crítica.

Todo ha sido anotado: la lasitud, las obsesiones, la pesadez y el deseo de soledad, la idea de la muerte, el afearse de la visión del mundo, el agotamiento del entusiasmo creador, los deseos impotentes, la necesidad de huir o de acabarse, que explican tantas fugas de quincuagenarios y el deseo de los Huysmans y los d'Annunzio de encerrarse para siempre o por algunos meses en las tranquilas «ciudades de las lámparas»; es Shakespeare silencioso a los cuarenta y siete años y escondido en el campo; es Racine, hastiado de intrigas, que abandona definitivamente la literatura a los cincuenta y dos años,—ocho antes de morir,—que ha comprendido la vanidad de las más bellas frases y ya no sabe jugar con las palabras y los sentimientos, en los cuales no encuentra ahora sino un sabor a ceniza.

. . .

En otros, por el contrario, lo que predomina es la *excitación*: excitación cerebral o excitación sensual. El *demonio del medio día* del escritor conduce al hombre a la revuelta y a la destrucción. «Una fuerza enemiga, dice Pablo Bourget *l'æternus hostis*, lo saca de la línea en el camino en que debe perecer. Este vértigo extraño va de lo espiritual a lo temporal. Son, en la gran historia, Bonaparte en 1809, emprendiendo la guerra de España y su sobrino, cincuenta años más tarde, la de Italia. Son en otro orden, el Victor Hugo de las *Hojas de Otoño* y el Lamartine de las *Armonías* tentados por la política. Usted sabe adónde los ha conducido. Son, todavía en otro orden de ideas, Lamennais y Lacordaire que fundan el *Porvenir* para terminar en la terrible encrucijada de 1833, donde los esperaba el Demonio del medio día para vencer a uno y ser vencido por el otro».

Pablo Bourget habría podido citar todavía a Jorge Sand, que se inicia en la política activa a los cuarenta y cuatro años, y que después, serenado, escribe sus historias de amor más delicadamente matizadas. No tenemos sino mirar en torno de nosotros; los ejemplos abundan... hé aquí a este hombre de apariencia serena y ponderada, que le arrebató su mujer a un amigo y, en tal forma ilusionado acerca de su juventud, inicia campañas electorales para las que nada pudo

prepararle y cuyo deplorable fin es él el único incapaz de presentir... hé aquí... pero, son tantos los ejemplos, que es mejor no excitar vuestra curiosidad...

. . .

LA EXCITACION SEXUAL.—El precedente ejemplo puede servir como transición, es frecuente en la edad crepuscular; tan frecuente en el hombre como en la mujer, facilitada aún por el envejecimiento contemporáneo de don Juan. En otra época, un acompañamiento poético o novelesco bastaba a las enamoradas. Eran, según los tiempos, Sandistas, Feullettistas, Sully Prudomistas, Coppeñanias: «¡ah, los primeros besos a través del velillo!», Goncourtistas o Tolstónianas.

Hoy la vida es cara y el industrial y el hombre triunfante ocupan el primer puesto; y, a pesar del ferrocarril, del auto o del avión, nadie ha «triunfado» a los treinta años. Don Juan tiene a menudo la edad de la divina Bartel o de la incomparablemente joven Celimena Sorel. Ved, en el teatro, *Querido Maestro*, de Fernando Vanderem, *La Toma de Berg-op-Zoom*, *Enamorada*, *El Anciano*, etc...

Los hombres de letras prueban que la longevidad amorosa masculina está considerablemente extendida: Ibsen, volviendo a Noruega después de veintisiete años de ausencia, es objeto de la apasionada admiración de las muchachas; Gohete a los sesenta y cinco años hace feliz a la joven Mariana de Villemer. Chateaubriand, Víctor Hugo, después de los setenta años, abandonan a una dama por una muchachuela, y este último aún exasperaba a esta señora Hugo de segunda categoría, Julieta Drouet, engañándola con su antigua camarera, Blanca, la *Alba*, de sus apuntes de conquistas... Berlioz, a los sesenta años se enamora perdidamente de una mujer de veintiséis... Todos estos amores parecen haber dado cierto aire de renovación a su obra. Sin duda es porque, como Maeterlinck dice en *Deleas y Melisanda*:

- Los ancianos tienen necesidad de tocar algunas veces con sus labios la frente
- de una mujer o de un niño para creer todavía en la frescura de la vida y alejar
- por un momento las amenazas de la muerte...»

A manos llenas pueden cogerse también los nombres de las enamoradas de edad: Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, Catalina de Rusia, Mme. du Defland, Mlle. de Lespinasse... tantas otras... Hoy día, cada subprefectura cuenta con sus Mme. de Tessancourt dotadas de sus pequeños Sergio de Lenz o de sus «Amantes», de los cuales Claudina ha hecho un tan notable estudio.

Ante estas últimas... juventudes prolongadas, se comprende la importancia que puede tener el *erótismo* en la edad crepuscular. En una novela, de fama en el extranjero, *la Edad Peligrosa* (que no fué escrita para señoritas gazmoñas), una novelista danesa, la señora Karin Michaëlis, pone al desnudo la psico-fisiología de una mujer que se refugia en una soledad huraña y se aleja de la sociedad para burlar la vejez... Ella, la irreprochable sufre por no haber significado nada en cuanto mujer.

- « A medida que se acerca al fin, percibe más dolorosamente la antinomia de
- « los dos deseos femeninos: deseo de dignidad moral y deseo del placer físico...
- « En una mujer de su temple, subraya Marcelo Prévost, que tradujo esta nove-
- « la, esta necesidad de dignidad moral es tanto más imperiosa cuanto es excesivo
- « el deseo con que la persiguen los hombres... La resistencia moral irá debilitán-
- « dose a medida que la amorosa insistencia masculina vaya haciéndose más rara
- « y menos activa. Cederá el día en que el deseo del hombre se aleje: en ese ins-
- « tante, la mujer más honesta, no siendo deseada ya, perderá tal vez, el sentido de
- « su dignidad hasta el extremo de lanzar un llamado desesperado a ese compañero
- « que se aleja de ella...»

Los *don Juanes* se exasperan, los de Warrens y los de Berny buscan un pequeño Rousseau o un Balzac ingenuo, jóvenes agradecidos que escribirán, como Balzac en *la Duquesa de Langeais*: «Sólo el último amor de una mujer puede satisfacer el primer amor de un hombre.»

A se mía... puede ser verdad... Freud os dará las razones psicológicas...

Del lado de los hombres, es la época de los amores avasalladores que reducen a la esclavitud a los mismos reyes. Ahí tenemos a Luis XIV a los cuarenta y cinco años, desposando los cincuenta repiqueteados de una mujer, de quien un bufón enfermo (Scarron) había cogido, «como pudo», dice Julio Lemaître, la flor de la juventud; César, a los cincuenta y seis años, enamorado de la joven Cleopatra; el afecto extravagante de Enrique IV, que a los cincuenta y siete años se disfraza de palafrenero para acercarse a Carlota de Montmorrency, joven de dieciséis años; Luis I de Baviera, a quien Lola Montes deja verdaderamente alorado.

Los reyes de la inteligencia no quedan más al abrigo de estas locuras que los pobres reyes sin agregado alguno: Conocemos la historia del señor X..., del Instituto, y de la señora Z..., no menos célebre; la de tal vejete que repentinamente se siente preocupado por la última moda, coquetón como un joven principiante, ofreciendo el brazo ingenuamente a la joven a quien acaba de desposar; y aquellos que lloran... —¿cómo diré?— sobre Babilonia perdida, la influencia temerosa de ciertas mujeres, que por tener la sola, —pero apreciable virtud,— de despertar sus mitigados ardores, llevan de las narices a estos pobres reyes de la creación. Hay en esto un doloroso problema de psico-fisiología, que Miguel Corday ha abordado en uno de sus últimos libros: *los Fuegos del Poniente*. Su héroe, Faugeat, de cincuenta y ocho años, llegaba, dice el autor, «al término de ese lento, inexorable declinar en que el ardor masculino se extingue, en que sus recursos marchitos caen ya en un sopor del que nada ha de sacarlos»... ¡Cuidado cuando el hombre envejecido encuentra la última mujer, aquélla que Corday llama su *complementario*, la única que puede sacarle de ese sueño desesperante...!

Es el caso del escritor tal, que abandona una delicada compañía, una asociada de veinte años, por una insignificante secretaria; es este industrial, padre de tres hijos, que huye con su dactilógrafa; es la historia de A...; es ese senador normando que se suicida; es este comerciante que llena de picles y de joyas a una

obrerilla de calzado; es este aristócrata que se deja ver en los lugares más frecuentados con una despreciable mujerona... es..., etc...

El hombre está ahora verdaderamente decerebrado y caído, pues nada hay más miserable que estos amores preseniles y seniles, cuya ignominia deberé ocultaros.

• • •

Los celos los atormentan, y mucho más, ya que este «monstruo de ojos lividos que crea por sí mismo el alimento con que se nutre» (Shakespeare), halla ante sus miradas mucho alimento real. Son éstos los verdaderos celos de los sentidos, los que impulsan hacia el crimen a los Otelos desencadenados. Racine ha dado de ellos en su *Mitridates*, celoso de sus hijos a los cincuenta y siete años, un magnífico ejemplo.

« Todo está allí: el deseo tanto más furioso cuanto más anormal se siente y cuanto mejor comprende ese viejo apasionado que no podrá satisfacer sino muy pobremente a la joven que ama, y aun que puede frustrarse totalmente: de donde viene una especie de vergüenza que le impide hablar directamente de este amor que le consume... la falta de clarividencia... la continua tortura de la sospecha, y cuando la sospecha se transforma en certidumbre, los celos violentamente sanguinarios, por la rabia de sentir que lo que otro dará a la joven, él no podrá dárselo; y este pensamiento inevitable: «Si no soy yo quien la posee, que por lo menos no sea de ningún otro (1).»

Por fortuna no se llega al asesinato sino excepcionalmente. La mayor parte de las veces, las crisis de violencias son dominadas por el tirano femenino, como una máquina por su mecánico, y los pobres embobados se quedan en el fondo muy felices, creyendo en la veracidad de todas las cínicas historias que sabe urdir su indispensable «complementario».

Muchos ancianos enamorados no logran librarse del ridículo sino por la *Ternura*, esta ternura a que Enrique Baltaille consagró su última pieza de teatro. Corneille, enamorado toda su vida, lo estuvo particularmente a los cincuenta años. En estancias «absurdas y deliciosas», incita a la mujer preferida a amarle por su genio y a pesar de sus arrugas. Introduce viejos enamorados en *Sertorius*, en *Sophonisbe*, en *Pulchérie*, y, hallándose renovado por una encantadora ternura en su exaltación sentimental, escribe en *Psiquis* los más hermosos versos de amor de la lengua francesa (E. Faguet, J. Lemaître).

Del lado femenino, Mme. Récamier, a los cuarenta y cinco años, siéntese abandonada por el terrible Chateaubriand, a quien no la ha ligado sino una amistad platónica, y ve transformarse su amor en afecto.

(1) Julio Lemaître: Juan Racine, p. 234.

« Ya no vive más que para su amigo. Es la esclava de su genio, y también la esclava de sus caprichos, de sus dolores, de sus enfermedades, de su vejez. » (1)

El crepúsculo del corazón es la época de la *amistad amorosa*, que no se hace posible sino cuando el hombre ya no quiere... o no puede. Junto a la famosa novela epistolar, es preciso citar aquí las encantadoras cartas de Mme. du Deffand a Walpole.

• • •

La ternura llevada a lo sublime es el *misticismo*, que se observa con mucha más frecuencia en este ser de amor integral que es la mujer. Hablo aquí como médico y como filósofo; nada hay que yo venere tanto como el sentimiento religioso, « región donde no debe penetrarse sino con los pies desnudos, como los árabes en su mezquita » (R. de Gourmont). Las relaciones entre la sensualidad y el misticismo, sobre todo en la mujer, « poeta que cree en su propia poesía », son demasiado conocidas para olvidarlas.

El genio de las mujeres, se ha dicho, no es sino una transposición de su sentimiento amoroso, y basta leer los diarios de María Bashkirtseff y de María Lenéru para comprender que, en ellas, la gloria no es sino el suple faltas del amor. Éste se comporta tan bien con todas las aventuras de la mujer, que Marta Borély, —autora de un interesante libro sobre el *Genio femenino francés*,— pudo decir que los más viriles, Semíramis, Cleopatra, las heroínas de la Fronda, son en este punto excesivamente femeninas. Mme. de Chevreuse, Mme. de Longueville, tantas otras... « dan al amor divino las últimas llamaradas de su corazón belicoso ». Tuve ocasión de conversar largamente con Marta Borély en casa de Juan de Gourmont, en la famosa casa literaria de la calle Saints-Pères, y la he oído desarrollar con infinito ingenio la espiritual frase de Remy de Gourmont, « la religión es la enfermería del amor ». « El corazón de la mujer, decía Marta Borély, es naturalmente religioso, y jamás deja de serlo... Todas las mujeres aman a Dios porque aman lo infinito... Tienen necesidad de creer; su religiosidad errante sólo busca un pretexto para fijarse. El amor está allí en los buenos años, pero, cuando él se aleja, ¿hacia dónde llevar ese corazón que ellas no tienen el valor de ocultar? El estoicismo viril de Ninón no podría servir de ejemplo. ¿Cuántas logran mirar la vejez y la muerte, (esta muerte que hace estremecerse a la condesa de Noailles), con tanta fortaleza de ánimo.

« La conversión es para aquéllas que no son epicúreas ni filósofas el asilo que se abre a los corazones ardientes que no saben vivir sin amar. Las hermosas arrepentidas, las Longueville, las Sablé, las Conti, las Vallière, encuentran entonces esa tranquilidad, esa dulzura amorosa que las pasiones terrenas jamás pudieron darles. Es, en verdad, el amor tal como ellas lo buscan, sin decepción, sin mancha, el amor divino, de que el amor terreno no fué sino frágil apariencia... »

(1) J. Lemaître: Chateaubriand, p. 317.

Puédense citar aún los ejemplos históricos de Mme. de la Sablière, que «viendo su amor ultrajado, no dió sino un paso para ir de su amante al confesionario, y de la pasión a la santidad»; de Mme. de Montespan y de Luis XIV, que se separaron para refugiarse, ella, en San José, y para volverse a juntar entre dos retiros; de Mlle. de la Valliere, que en el tercer piso de la casa en que recibía a Su Majestad, tenía su celda de carmelita y su féretro.

. . .

Por fin, un momento llega en que el sentimiento percibido como categoría intelectual viene a ser comprendido con todo el genio que haría falta para sentirlo como un perfume (R. de Gourmont). Uno vuelve a vivir su vida. El entusiasmo ha terminado, pero, no esperando ya más, no ilusionándose más, se adquiere la serenidad. La sensualidad, no «derivada» ya en actos, llena de profunda poesía las obras excepcionales que tienen verdaderamente la calma impresionante de los largos crepúsculos. Tienen esa frescura exquisita de los últimos libros de Anatole France, el mismo que ha dicho en *la Vida en flor*: «La vejez es decadencia para los hombres y apoleósis para el genio».

A principios de Octubre iba yo todas las mañanas al Tribunal de Tolosa,—paraje poco poético—, a examinar ante el juez de instrucción un voluminoso proceso de estafa; mis ojos se extasiaban ante los hermosos castaños de la plaza Salin que cubrían el suelo de hojas muertas... En dos de ellos, y, coincidencia casi enternedora, los dos que habían sido más azotados por la memorable tempestad de 1921, habían abierto una decena de flores rodeadas de un collar de hojas cuyo verde suave delataba una sorprendente frescura. Su encantadora poesía se alzaba hacia el cielo de otoño sobre un suelo que mostraba, por encima de las heridas y de la agonía de las hojas, los numerosos frutos del árbol. Así se levantan también algunos libros por sobre la producción intelectual de sus autores. Las inquietudes, los dolores que van unidos a nuestros goces de juventud, han desaparecido.

« Si yo acuerdo, escribe Buffon en una página admirable, mis movimientos, mis apetitos, mis deseos, a los solos impulsos de la sabia Naturaleza, ¿no soy tan sabio y más feliz que vosotros? Y la visión del pasado, que tantos pesares causa a los viejos locos?, no me ofrece, por el contrario, los goces del recuerdo, agradables memorias, exquisitas imágenes que bien pueden trocarse por los objetos de vuestro placer? Son muy dulces estas imágenes; son puras, y no llevan al alma sino amables recuerdos.

Menester es ser jóvenes, en realidad, para escribir libros revolucionarios. *Mansfredo* fué escrito a los diecinueve años; *Werther*, a los veinticinco; *René*, a los treinta y cuatro, por aquél que siempre fué un niño grande; la *Danza ante el arca*, a los veinte años; *Rolla*, a los veintitrés.

Cervantes,

« Soldado-héroe; herido en una batalla, manco; enfermo desde la juventud;
« mal de salud con frecuencia; siempre torturado, y, sin embargo, de un temple
« poderoso, dice Suarès, y la fibra enérgica; trabajado con exceso y poco socorri-
« do; cautivo en Algeria, esclavo en Túnez, con la cadena al pie y al cuello la
« cuerda, como en los relatos antiguos; pobre siempre, mal pagado y poco com-
« prendido, confundido con la turba hasta que estuvo con un pie en el sepulcro;
« cargado de familia, y ésta muy poco inteligente, perseguido de la fortuna y
« atormentado por el aguijón del dolor; no obstante, no se queja, ni aun cuando
« está encolerizado.

No se queja porque ha escrito su obra maestra a los cincuenta y cinco años.

« Tiene el mundo, a esta edad, la misma idea que don Quijote: sabe que es per-
« verso, engañoso, violento, irrisorio, grosero, brutal, inicuo y despiadado: y lo cree
« bueno o capaz de serlo; susceptible de dulzura y de respeto; hecho para la belle-
« za, la caridad y la justicia (1).

Esta serenidad del crepúsculo del espíritu la encontráis en el Shakespeare de la *Tempestad*, en Jorge Sand después de su intromisión pasajera en la política, en el Maeterlinck del *Tesoro de los Humildes*, de la *Sabiduría y el Destino*, de la *Muerte*; en Vigny, torturado por un cáncer, que termina su carrera literaria en la tranquila belleza de su *Espíritu Puro*; en el Racine de algunos pasajes de *Éster*, en el Corneille de *Psiquis*, en las *Reflexiones de un paseante solitario*, que son como una pradera radiante en medio de un paisaje devastado por el delirio, en la *Pequeña Ciudad* y en las delicadas *Cartas a la Amazona* de mi ilustre amigo Remy de Gourmont; en el *Pastor melancólico* de un Ben Jonson, que ve vagar la poesía como una nube luminosa (Taine) por sobre su lecho de hidrópico moribundo. La imaginación que se conserva viva dora el pasado de una belleza tranquila que la acción no logra perturbar ya. Los más hermosos sueños son los sueños de los prisioneros, y el Genio es un «Transmutador real» (Florian-Parmentier). En su soledad crepuscular, los maestros del Pensamiento y de la Poesía llegan a comprender la vida en todas sus significaciones. En su serenidad, sus sensaciones conservan a menudo la más exquisita frescura. Es tal vez en una *Voz de la prisión*, escrita a los cincuenta y nueve años, donde Lamennais ha descrito más fielmente la acariciadora atmósfera bretona...

« El mar centelleaba bajo el sol; cada gota de agua reflejaba como una punta
« de diamante la luz blanca y pura que la pupila apenas soportaba. De la aldea
« abandonada, hombres, mujeres, niños, venían en multitud hacia las dunas, donde,

(1) A. Suarès: Cervantes, 1916.

«mezclado de tomillo, el clavel silvestre de flores moradas exhalaba el perfume del
«aleli..., etc...»

¡Qué viveza de sensaciones en este prisionero!

Vuelve a ver su estanque de Lachesnaie,—hasta el cual he llegado este otoño en peregrinación, para respirar la atmósfera en que vivió este gran hombre inquieto,—«padre mío, sentémonos sobre la yerba al borde del estanque, cerca de la vieja encina cuyas ramas colgantes rozan dulcemente la superficie de las aguas».

¡Cuántas veces he visto en mi estudio de neurólogo, donde se dejan oír penas y angustias, hombres envejecidos, amarrados a la pesada tarea, tender aún sus manos cansadas hacia la llama de los deseos... Con qué poesía, de una pureza clásica, se expresaba un neurasténico de sesenta años, cuya enfermedad había sido causada por el despojo de una heredad situada a orillas de un río y en la que él esperaba aguardar la noche de su vida... Este hombre modesto encontraba entonces los acenlos de Lamennais: tan cierto es que la más grande poesía nace siempre del corazón.

• • •

La curva del ser humano es inevitable como el curso de un río. Ni los saltos de la juventud sobre las rocas, ni las tempestades que sacuden las aguas, ni los desbordamientos que consigo arrastran tanto fango, nada puede cambiar la ruta de la corriente.

Me he detenido en los últimos ribazos, en los valles melancólicos, bravíos a veces, del crepúsculo..., he aquí que se extiende la llanura de la vejez en que las aguas ya tranquilas reflejan el cielo en su espejo movedizo y también la actividad que se agita en las riberas...

Para los pobres hombres que toda vida buscaron la virtud del trabajo,—cualesquiera que sean las tormentas que hayan padecido,—el último día,—como el séptimo para el Señor,—no tendrá tarde, porque será santificado por ese mismo trabajo, y porque subsistirá en el océano de la vida eterna, como el río que desaparece se conserva en las aguas fecundas del mar.

PABLO VOIVENEL.